

y *Flor de mayo*, y en *El Carbayón* donde, en 1892, aparece *El Hermano Tranquilo* de Paul Féval; y no hablemos de la ausencia de novela en *La Unión católica* en 1891-92, por ejemplo.

La adscripción al pueblo de tal o cual «folletín» pasa obviamente por una previa definición de las relaciones que el pueblo mantiene con el periódico²¹, aun cuando sabemos que el acceso diferido a la novela coleccionada siempre es factible.

Al hablar de novela de folletín española en España, también es preciso hacer constar como fenómeno determinante que, según cálculos de J. Simón Díaz (1973), el 80% de las novelas publicadas son traducidas más o menos «libremente» del francés con las consabidas consecuencias —denunciadas por los amantes de la lengua patria— sobre el texto dado a leer y un exotismo sistemático de las referencias (nombres, lugares, etc.). Ahí están las quejas de *El Clamor público* en 1850²² o la presentación que se hace de la novela de Pedro J. Solas (folletinista de *El Imparcial*, *La Correspondencia*, *El Liberal* y *La Época*), *El crimen de Talabarte*: «Narración dramática cuyos personajes son *españoles* (subrayado en el original) en la que alternan los tipos populares con los aristocráticos copiados del natural en escenas ora patéticas ora cómicas, pero siempre notables por su realismo, por la expresión de verdad que revisten y por el arte con que están representadas».

Pero los lectores de *La Integridad de la Patria* también habrán podido leer *Un expósito* de Fielding, los del *Día*, en 1888, *Historia de Pendennis* de W.M. Thackeray y los del *Diario de Madrid* en 1892 el *Werther* de Goethe o *Graziella* de Lamartine. *El contrato matrimonial* de Balzac y *El Mesón de la cigüeña*. *La huérfana alsaciana* que se publican en *El Heraldo de Madrid* en 1895, son novelas ambas pero obviamente no tienen el mismo estatus cara al llamado género folletinesco.

Por otra parte, si existen bibliotecas de periódicos con folletines encuadernables como las de *El Globo*, de *La Correspondencia de España*, de *El Progreso*, etc.²³, no se tiene noticias de que hayan desencadenado el mismo fenómeno que en Francia con los «petits romans» de *Le Matin*, *Le Journal*, *Le Petit Journal* et *Le Petit Parisien* que conjuntamente tienen tiradas diarias de 4 millones y medio de ejemplares.

Ahí están las tiradas, al fin y al cabo limitadas para poner límites a posibles entusiasmos generalizadores. Desde luego un inventario más sistemático y periodizado de lo que efectivamente se publicó como folletines, nos permitiría casi seguramente relativizar la unívoca relación con un género que se ha dado por supuesto a partir de la envoltura.

Contentémonos, pues, por ahora, con observar que el fenómeno del folletín con novela —verdadero gabinete de lectura a domicilio— acompaña al de la novela por entregas, cronológicamente, en su desarrollo o auge, con

²¹ Véase infra el caso del folletín de *La lucha de clases*.

²² «En España tenemos por desgracia que alimentarnos de traducciones casi siempre que queremos llenar con una lectura agradable el folletín de los periódicos» (28-10-1850) (citado por Joaquín Marco, *Ejercicios literarios*, Barcelona, Taber, 1969).

²³ Ya desde 1853, existía la Biblioteca de La Iberia y en 1862, *La Discusión* había fundado una Biblioteca popular.

el consiguiente ensanchamiento del público que permite la adquisición indirecta de libros. Pues, como señalaba el prospecto de *Las Novedades* en 1868, «siendo diario el folletín de novela que alternará con el de historia —nótese— y que ambos podrán cortarse, tiene la seguridad el lector de formar en el espacio de un año una pequeña biblioteca de 20 tomos, sin que haya desembolsado más que el importe de la suscripción al periódico» (Lécuyer, 1988). Las humildes encuadernaciones que se encuentran para folletines más tardíos (fines del siglo XIX) pueden ser el testimonio de una relación aún elemental con el libro, mezcla de veneración y de pobreza.

El periódico-novela

Mientras tanto, ¿qué especificidad concederemos a los intentos de periódico-novela como *El Periódico para todos* (cf. *Le Journal pour Tous*), que se publica de 1872 a 1883 y que por un real semanal propone en sus 16 páginas con ilustraciones «novelas, viajes, literatura, historia, causas célebres, etc.» o sea, en una unidad de lugar, todos los géneros dispersos que señalábamos arriba? Las informaciones sobre un posible público, muy insuficientes para una argumentación rigurosa (Cazottes, 1981, XI), apuntan curiosamente hacia categorías de la clase media alta. El hecho es que lo que en Francia se llamó la novela *à la petite semaine* o *en tranches*, no parece haber cundido en España con los consiguientes fracasos de otros intentos como *La Lectura para todos* (1859-1861), *El para todos* de Sevilla, *La Correspondencia literaria* de E. de Lustonó (1872), *La Ilustración Popular* (1872-1873), *La Velada* (1872-1873) (cf. *La Veillée des Chaumières*) que todos coinciden en su preocupación por la «ilustración del pueblo».

La novela a peseta

Por los años 1870 empieza a manifestarse otro fenómeno editorial, el de la novela a peseta y aún menos, que enriquece aún el dispositivo haciéndolo más complejo, ya que parece responder a una necesidad específica, si no totalmente nueva: son novelas teóricamente completas (aun cuando algunos títulos se publican en dos o más tomos) encuadernadas en rústica con una ilustración («con elegantes cubiertas alusivas al título» dice A. Perdiguero en 1890, con cubierta «al cromo», en la Biblioteca «de lujo» de A. de San Martín²⁴) en volúmenes de más de 200 páginas vendidos a una peseta en toda España.

El abaratamiento de los costes de producción en los años 1880, permite sin duda sacar a luz tales libros, la mitad de caros que los *Episodios Nacio-*

²⁴ También la de Urbano Manini se autocalifica de «Biblioteca de lujo». Tal insistencia sobre un supuesto lujo cuando obviamente no hay tal, podría ayudar a una posible caracterización de las dimensiones sociales del consumo de libros.

nales de Galdós y un tercio que las *Novelas Españolas Contemporáneas*. Entre los autores se encuentran algunos ya conocidos a través de la novela por entregas como Manuel Fernández y González, R. Ortega y Frías y otros «nuevos» como A. de San Martín o el Vizconde de San Javier. Pero otra vez es abrumadora la predominancia de traducciones, mayoritariamente de Ch. Paul de Kock y de su hijo W. de Kock cuyas obras se encuentran también en la Biblioteca de Ferrocarriles que publica, a partir de 1870, Leocadio López.

Algunas llegaron incluso a repartirse, como lo atestigua esta observación del repartidor, que la Asociación de Escritores y Artistas ha encargado de vender los 50 ejemplares que de cada obra que publica le ofrece Urbano Manini con esta reflexión por parte de un tal Armando de Lacombe (Príncipe, 9, entresuelo, izq.), recogida por el repartidor: «Dice este señor que en su casa no se leen libros inmorales...».

En los últimos años del siglo, Pascual Aguilar llegará a proponer en Valencia, con su «Biblioteca selecta», una «Colección de los mejores autores nacionales y extranjeros» por 2 reales el tomo de 15 × 9,5, de 200 o más páginas en rústica, claro está, anunciados por sus títulos sin referencia a los autores²⁵.

Pero el criterio de novela a peseta tampoco es totalmente satisfactorio para delimitar un tipo de literatura o un público, en cualquier momento.

Así, por ejemplo, en 1907, en la Biblioteca Tasso con volúmenes de 220 páginas en rústica (18 × 11) se encuentran cinco títulos de Luciano García del Real, otros de Alejandro Dumas, pero también de Gorki y Dante, y la Biblioteca Hispano-americana ilustrada con cromos, vendida también a peseta el tomo, publica novelas históricas, festivas, de costumbres, narraciones de viajes, etc. de los principales escritores nacionales y extranjeros.

Verdad es que por aquellas fechas la editorial Maucci publica ya tomos a menos de una peseta (Botrel, 1987/3) y la editorial Calleja publica *La Novela de ahora*, una «Colección de novelas escogidas interesantes, morales y amenas, la más copiosa, la más variada de cuantas colecciones se han publicado hasta la fecha en castellano». Es la «biblioteca del hogar» y se vende cada tomo por 40 céntimos: 217 novelas publicadas en 1911, con 111 títulos franceses, 47 italianos y 31 españoles.

Ya por aquellas fechas empieza a darse el fenómeno de las colecciones semanales de novelas cortas (pero también de obras dramáticas, cuyo consumo por escrito habría de estudiarse como fenómeno aparte) que parecen adecuarse a la demanda de «esta clase social que se suele llamar media, con cierta base cultural, curiosa de las celebridades literarias o teatrales, a quien atrae la vida galante, preocupada de problemas profesionales, bastante acomodada para ir de veraneo durante los meses de estío» (Magnien, 1986).

²⁵ Veintitrés traducciones, sobre todo del inglés, entre los 29 títulos publicados.